

ATRAVESAR LA CUENCA

Una noche en Sarajevo

Caterina Borelli

Grup de Recerca sobre Exclusión i Control Social (GRECS)
de la Universidad de Barcelona
<http://flavors.me/cateborelli>

Eran casi las dos de la noche y, aunque el camino a casa no fuera muy largo, no me sentía del todo segura mientras caminaba sola desde el centro de la ciudad, Sarajevo, hacia Marijin Dvor, un barrio que queda justo en la frontera con las periferias de bloques comunistas. Y es que ante los ojos del muy sugestionable extranjero recién aterrizado, ciertos rincones mal iluminados de esta ciudad, comunísimos accesos a altos edificios de pisos, se transforman literalmente en agujeros negros.

Sarajevo evoca en la mente del telesaturado ciudadano occidental toda una serie de imágenes catastróficas, que inevitablemente se vuelven a insinuar en nuestros pensamientos cuando recorremos sus calles ahora, catorce años después del fin de aquella guerra a la que todos asistimos desde nuestros sofás. El conflicto que arrasó los Balcanes en los años Noventa fue el más televisado hasta la fecha, y el asedio de Sarajevo se convirtió en el símbolo más poderoso de las barbaridades que se estaban consumiendo en el corazón de Europa. Sin embargo, desde que las partes beligerantes depusieron al fin las armas y se sentaron una al lado de la otra en la mesa que los Estados Unidos habían predispuesto para ellas en la base militar de Dayton, Ohio, para firmar aquellos acuerdos que declararon el fin de la guerra en Bosnia Herzegovina, no hemos vuelto a escuchar mucho acerca de Sarajevo.

El flujo de imágenes se había detenido de repente, otros acontecimientos habían ocupado su lugar en las noticias. Es comprensible, por lo tanto, que cuando lleguemos a Sarajevo por primera vez (y más tarde también), ese conjunto de imágenes vuelva a aflorar desde los recovecos de nuestra memoria, pues son casi las únicas de las que disponemos. Tampoco es que haga falta un excesivo esfuerzo de imaginación, pues las marcas del ya no tan reciente conflicto persisten en muchos rincones de la ciudad. También están otros más inocentes detalles urbanos, suficientes sin embargo a despertar ese imaginario de guerra que aguardaba en nuestro subconsciente. Así se explica porqué un agujero no es solamente un agujero en una ciudad que no es una ciudad cualquiera.

Sarajevo es peculiar en muchos aspectos, incluso dejando momentáneamente de lado su reciente y traumático pasado. Se encuentra en un valle entre montañas que la encierran por los tres lados: la salida natural, siguiendo el curso del río Miljiacka, es hacia el oeste.

La geología del territorio que la alberga marca su carácter algo introvertido: es una ciudad a la que le falta horizonte. Los únicos puntos desde los cuales la vista puede espaciar son las alturas que la rodean, y desde las cuales en todo caso siempre miramos hacia su interior, nunca hacia fuera. Bašćaršija, el casco antiguo, su corazón histórico y comercial, no se encuentra en el centro físico de la ciudad, sino en su extremo más oriental. Si paseándonos por el centro llegamos hasta la Biblioteca y la superamos, de repente la ciudad se acaba: detrás del gran edificio en estilo morisco, unas pocas casas más después de las cuales la carretera hace una curva abrupta, se mete en una estrecha garganta entre altas paredes de piedra y desaparece hacia Pale, hacia la Republika Srpska. Porque Sarajevo es además, a partir de que los Acuerdos de Dayton instituyeran la división del país en dos entidades en base al principio de la repartición étnica del territorio, también una ciudad de frontera. La línea de separación entre las dos entidades la bordea en su margen meridional, y en algunos puntos corre tan cerca del territorio citadino que algunos barrios que antes eran parte de la misma municipalidad se han quedado del otro lado. Ese otro lado que es algo más que una mera separación administrativa: los ciudadanos de las dos partes la sienten casi como una frontera entre dos estados diferentes, aunque nominalmente no lo son. De un lado la Federación de los bosnios y los croatas (la Federacija), del otro los serbios: y en el umbral entre un espacio y otro se halla la ciudad que desde tantos lugares ha sido llamada la Jerusalén de los Balcanes. La que antaño fue el símbolo de la convivencia pacífica entre culturas y la capital cultural de la ex Yugoslavia, donde se pueden todavía escuchar a la vez sonar las campanas de las iglesias católicas y ortodoxas mientras los muecines llaman a los fieles desde los alminares, se debate ahora entre sus distintas almas.

Si tradicionalmente Sarajevo ha sido la cuna de una cultura urbana tolerante y cosmopolita, hoy en día a la *gradska raja*, los sarajevitas de toda la vida, les cuesta encontrar algún rastro de aquel antiguo espíritu. Emir es un joven procedente de una antigua y facultosa familia local: acaba de regresar a su ciudad natal tras haber vivido ocho años en Milán (lo que se nota de su estilo muy cuidado y glamouroso) y confiesa que ya no reconoce el atmósfera que recordaba. En diferentes oleadas que empezaron en los años '70, pero sobretodo en los '90 empujada por la guerra, ha confluído en Sarajevo una población de origen campesino (los *seljaci* o *papsi*, como despectivamente son apodados por los urbanitas) que ha cambiado rápidamente el panorama urbano y social de la ciudad. Tanto en las laderas de las colinas que ciñen el centro, formado por el barrio otomán de Bašćaršija y el núcleo austro-húngaro edificado a finales del siglo XIX^o, como en el llano que se extiende más allá de los barrios-dormitorio de época comunista, han edificado unos nuevos aglomerados urbanos, a menudo de edificación ilegal. Pero también han ido ocupando los pisos que los anteriores moradores abandonaron a causa de la guerra.

La opinión común entre los sarajevitas de pura cepa es que estas poblaciones rurales urbanizadas son portadoras de una cultura más tradicional, más apegada a los valores religiosos, y que se deja fascinar más fácilmente por el discurso político nacionalista, ya sea de parte bosniaca, serbia o croata. Aunque no todo el mundo piensa igual: Damir, un músico de *sevdah* de cierto éxito también descendiente de la antigua *raya*, no está de acuerdo con quien sostiene que “los del campo” han estropeado el espíritu de la ciudad: es la ciudad que debería crear a sus ciudadanos, no al revés. Sería pues culpa del actual ambiente cultural de Sarajevo no haber sabido apostar por proyectos más ambiciosos. Sea como sea, resume bien la situación actual Maja cuando observa que “antes todos se decían comunistas; ahora esa misma gente llena las mezzitas”.

Sarajevo hoy en día se debate pues entre los particularismos excluyentes y sus ansias cosmopolitas: en su atmósfera enrarecida, debajo de esa capa de sopor plácido que se advierte claramente paseando por los callejones de su casco antiguo, conviven y luchan su alma más tradicionalista y la que mira hacia Europa como única válvula de escape de esta cuenca donde el mundo comienza y se acaba.

Volvamos ahora a aquella noche. Decidí pues coger un taxi, que aquí hay muchos y baratos. Los taxistas sarajevitas son en media bastante charlones: ni bien me subí al vehículo y dí la dirección, el conductor notó (cómo no) mi acento extranjero y comenzó a hacerme las clásicas preguntas, de dónde soy, qué hago aquí, a las que yo intentaba dar respuestas todo lo exhaustivas que me permitía mi bosnio muy, pero muy estentóreo todavía. Lo mismo fue suficiente para que el señor arrancara con un discurso sobre la situación política actual del que, sinceramente, no entendí casi nada, menos algunas palabras esparcidas y luego una frase bien tajante que se me quedó grabada: “*Evropa je velika kurva*”, que traduciremos con un “Europa es una gran (me perdonarán los lectores) puta”. Un buen rato después haberme bajado del taxi y haber llegado a mi casa le seguía dando vueltas a esa frase, que sonaba más bien a sentencia. De repente me parecía entender de qué iba el resto del discurso. Había resentimiento en sus palabras, o quizás fuera decepción; con el tiempo he llegado a entender que se trata de ambas cosas, y algo más también.

Desde aquí, desde el valle encerrado entre montañas en la que se encuentra la capital bosnia, Europa es la gran madre que cuida a lo lejos de ese hijo que no quiso, le dice lo que tiene que hacer por medio de sus agencias, le financia sus necesidades a través de sus programas, y sin embargo no le quiere cerca. Esa Europa que intenta limpiarse la mala conciencia de haber sido, si no la directa responsable, cuanto menos una testigo abúlica, y por lo tanto involuntaria cómplice, de los horrores cometidos en su seno durante el conflicto. Desde su cuenca, los ciudadanos de Sarajevo siguen a la espera de que Europa se decida a incluirlos en su gran proyecto: que no les deje más al margen, que tenga un poco más de visión de futuro, y que sea un poco menos *kurva*.

